



Investigaciones históricas de la Revista **Hiram Abif**

Los altos grados masónicos

por Felipe Woichejosky

Prólogo del V.H.: Ricardo E. Polo



Edición 2004
Colección CUADERNILLOS
Edita Revista Hiram Abif con el auspicio de LogiaRED

Investigaciones históricas de la Revista Hiram Abif

Los altos grados masónicos

por Felipe Woichejosky : .

Prólogo del V. H.: Ricardo E. Polo : .

**Edición 2004
Colección CUADERNILLOS
Edita Revista Hiram Abif con el auspicio de LogiaRED**

Los altos grados masónicos

por Felipe Woichejosky : .

Presentación:

Lo que nuestro Q.:H.: Felipe Woichejosky expresa en su trabajo, revela en forma clara y con una síntesis asombrosa, una cuestión que subyace en el inconciente colectivo de la Masonería, puesto que para los M.:M.: no es desconocida y subsiste en ese terreno pantanoso que se denomina «...de eso no se habla».

Quienes dedicamos nuestros días al estudio de la Historia de la Orden, nos vemos desconcertados por las incongruencias que se mantienen en el contexto de la masonería, a pesar de la multiplicidad de obras, tratados, libros, artículos, que cuestionan algunos hechos paradigmáticos que obstaculizan la Unidad Universal de los masones. Como nos asombran los trabajos que, autotitulados «estudiosos y expertos con licenciaturas masónicas», producen en el marco de lo que la G.:L.:U.: de I.: establece como «regular».

Sin embargo podemos discernir que desde los orígenes de nuestra fraternidad, hubo cambios significativos en su estructura de gobernabilidad. No hubo, en cambio, modificación de los conceptos liminares que le dieron origen y que se propagaron a través del tiempo. Me refiero, ciertamente, a los principios que derivan del Ordo ab Chao, que concentra en sí mismo el fundamento civilizador, progresista y humanitario de lo que es Masónico.

La Masonería carece de naturaleza elitista, conformación monárquica o contexto místico. Su esoterismo, -que lo tiene- se encarna en la acumulación de experiencias a lo largo de los siglos, que deben concentrarse en principios fundamentales derivados de la experiencia. La transmisión en forma simbólica de los conocimientos acumulados, constituye un método apto para postular lo que a la postre, serán los principios que emanan de la fraternidad.

Lo elitista que emerge hoy en el contexto Institucional, no se debe a la jerarquía que pudiera mensurarse en la asunción de los cargos de funcionamiento, sino a la idea de que la denominación genérica de cada grado del escocismo, pudiera dar encumbramiento a quien los recibe. Tal vez el término «elite» signifique, en realidad, un mérito del masón que persevera y asciende en el ámbito del Conocimiento o revela el valor meritorio de los valores de la inteligencia y la razón.

No siendo otro el instrumento que eleva al hombre que su razón, resulta risible que se lo adjetive con pomposos títulos u honores que solo subsistirían en

una corte monárquica, apoyados por una nobleza de títulos caballerescos y sin esa sangre vivificante que es la que proviene del saber y las virtudes aquilatadas en el ejercicio de la fraternidad.

Felipe nos ilustra y conmueve por la claridad de su prédica y datos concretos que ratifican su cuestionamiento, respetuoso y ponderado, relativo a la multiplicidad de grados que se han propagado dentro del historial de la Masonería, especialmente desde el medioevo. Y cuyo contenido dimana del sistema feudal, monárquico absolutista, que en sus estertores finales dejó muchísimas lacras a la posteridad.

Coincidimos con nuestro H.: en muchas de sus apreciaciones y más aún, si también se fundamentan en las objeciones formuladas por el profesor Dr. Ramón Espadas y Aguilar, quien en sus tratados sobre la Francmasonería Progresista Universal, ha sabido desenmascarar la trama que no solo ha desvirtuado los objetivos humanistas de la Masonería, sino que tiene hoy acorralada la fraternidad en un multifacético esquema de desunión y exclusiones, especialmente dividida entre «regulares» e «irregulares», además de la proliferación de Ritos que se multiplican según el capricho de quienes no se conforman con ser masones y participar en el simbolismo, sino que parecen creer que es necesario reinventarlo a través de pomposos títulos.

Tal vez sea poco constructivo -por ahora- cuestionar in límine toda la estructura formal que hoy perfila el R.: E.: A.: y A.:, a pesar de las múltiples objeciones sobre su historia y su estructura. Pero no cabe duda que resulta imperioso, a la luz de muchísimos trabajos sobre el tema, el que institucionalmente nos aboquemos a la revisión de tanta motivación que nos dispersa.

El abuso de adjetivaciones, que más allá de las denominaciones genéricas utilizadas en lo cotidiano se utilizan, ha creado toda una suerte de encumbramientos que elitizan y deslumbran, pero que dentro de los valores y virtudes masónicas constituyen un agravio al concepto de Igualdad, que emerge de la trilogía que nos distingue.

Por tal circunstancia y por todo con cuanto nos ilustra el Q.:H.: Felipe Woichejosky, deberíamos reflexionar y procurar ahondar en la lectura de todo aquello que permita conocer y mensurar, la verdadera historia de la Francmasonería.

Ricardo E. Polo : .

Mar del Plata - agosto de 2004 -

Los altos grados masónicos

Felipe Woichejosky:.

Dos de los principales responsables del nacimiento de la masonería moderna —la masonería especulativa— fueron religiosos, me refiero al presbítero James Anderson y al teólogo Jean Teophile Desaguliers.

Por aquellos tiempos la masonería ya venía aceptando en sus filas a personas que no eran del “oficio”. Entre muchos antecedentes está el caso de una logia de Edimburgo, que en el año 1600 aceptó iniciar a un rico terrateniente.

Es probable que la incorporación de profanos ajenos al oficio obedeciera al propósito —entre otras razones— de construir una suerte de paraguas protector, habida cuenta que las persecuciones y acusaciones eran cada vez más frecuentes.

La formación de nuevos miembros —los masones aceptados— era una modalidad que crecía día a día. Algunas logias llegaban a tener más “masones aceptados” que antiguos y genuinos herederos de las fraternidades. Una logia de Escocia tan solo tenía diez masones operativos, sobre un total de cuarenta y nueve miembros, --el resto eran cuatro nobles, tres caballeros, ocho abogados, nueve mercaderes y quince comerciantes--. La masonería estaba cambiando. De a poco dejaba de ser un *sindicato ilegal* que estaba obligado a aceptar todas las doctrinas y dogmas de la Iglesia católica --obligación esta que alcanzaba a todo el mundo-- para transformarse en una organización de caballeros intelectuales partidarios de la tolerancia religiosa y la amistad entre hombres de distintas denominaciones, convencidos de que el absolutismo católico de las polémicas doctrinas religiosas, debía dar paso a una creencia en Dios simple y única.

Anderson y Desaguliers compartían esta idea. ¿Qué habría de malo en que los miembros de la creciente aristocracia se volvieran masones, si eso significaba que la orden floreciera como una sociedad deísta, a salvo de los ataques y persecuciones de que era objeto? No resultó muy difícil convencerlos, les agradaba incorporarse a una organización que tenía antiquísimas vinculaciones con renombrados personajes bíblicos --incluso Dios podía haber sido el primer masón--, conocer sus misterios, practicar la fraternidad en el seno de una sociedad que no solo evitaba las discusiones religiosas, sino que además respetaba las tradiciones de la aristocracia y la clase dirigente.

La Gran Logia se constituyó en 1717. El cargo de Gran Maestro fue cubierto en forma provisoria, hasta “que se tuviera el honor de que un Hermano noble fuera su Jefe”. Esto aconteció cuatro años más tarde, cuando el duque de Montagu fue elegido Gran Maestro; desde aquel entonces y a lo largo de 279 años, todos los Grandes Maestros han sido nobles o emparentados con la familia real.

La Masonería se desarrolló de diferentes maneras.

Los altos grados masónicos

Con la afluencia creciente de nobles e intelectuales creció por toda Europa en forma explosiva. Muy pronto los nobles --y otros no tan nobles-- sintieron la necesidad de diferenciarse, y de a poco irrumpieron en la escena nuevos y diferentes ritos, y con ellos, nuevos y exóticos altos grados —jerarquías— que se sumaron a los tres grados tradicionales de la masonería primitiva.

Quien lee la historia de la masonería moderna descubre rápidamente que los problemas de regularidades, las profundas discrepancias que produjeron multiplicidad de cismas, los enfrentamientos y actitudes poco fraternas, aparecen en forma simultánea con este verdadero aluvión de grados, que llegaron a sumar cerca de mil cuatrocientos, según Hamill y Gilbert.

Con esto no quiero sugerir que los altos grados sean enteramente responsables de las profundas desavenencias que han enraizado y fragmentado a la Fraternidad, aunque les asigno haber desempeñado una parte importante de este proceso.

Pienso —y lo digo con todo respeto— que todos estos altos grados no son nada más que un aderezo innecesario. Pienso que es poco —sino nada— lo que han aportado a la Fraternidad, aunque no dudo que han contribuido de manera inequívoca a fomentar la discordia y la desigualdad.

Hace unos pocos días resulte fuertemente descalificado en otra lista (Lista masónica en la Web a la que renuncié) por exponer mis ideas sobre este particular. Se me exigió retractarme, pedir disculpas y dar explicaciones. Quienes así me apremiaban imprimieron en sus exigencias todo el peso “y derecho” que les confería el ser poseedores del grado 33 y otros títulos caballerescos muy rimbombantes. Espero que esto no suceda en este foro de libre y elevada expresión, y que si hay hermanos que detentan altos grados --que seguramente los hay-- no se ofusquen. Mi pensamiento solo tiene que ver con el bien general de la Orden. No hay en él intención alguna de molestar, y menos aún de ofender. Les pido que sean tolerantes con quien de pronto piensa y siente de manera diferente. Creo que si queremos contribuir positivamente al futuro de nuestra querida Fraternidad, es menester desandar ciertos caminos que nos han alejado de ella.

Al decir de Wirth, *“los masones convencidos no tienen necesidad de templos pomposamente decorados, ni de altos grados que los distancian y diferencian de sus hermanos. En Masonería ninguna actividad es superior a la del Maestro. Por sobre el Maestro no hay nada. El que dirige los Trabajos no es superior en nada a los otros Maestros y les debe cuenta del desempeño de su función. La Maestría es una cumbre, término fatal de toda ascensión: el que se siente Maestro no tiene nada más que ambicionar.*

El Maestro se instruye por todas partes, aún en las escuelas equívocas que se basan en tradiciones mal comprendidas. Si él no sabe rectificar constantemente y poner las cosas en su lugar, adivinando la verdad bajo la expresión desgraciada que la desfigura, es porque no ha encontrado la luz del tercer grado”.

Sigamos el consejo de Wirth, quien nos alentaba a juzgar también las instituciones a que pertenecemos. *“No tengamos la superstición de creer que somos libres porque nuestros antepasados han muerto por la libertad”.*

La Masonería ha cambiado y debe seguir cambiando, adaptándose a las nuevas ideas y dejando de lado anquilosados y cuasi dogmáticos preceptos.

Veamos ahora lo que pensaban de los altos grados algunos ilustres hermanos que nos precedieron, y con una mano sobre el corazón, saquemos nuestras propias conclusiones.

Según René Guenon

«Hemos visto que, debido a que la iniciación masónica conlleva tres fases sucesivas, sólo puede haber tres grados, los cuales representan precisamente estas tres fases; de lo que parecería resultar que todos los sistemas de altos grados son completamente inútiles, al menos teóricamente, ya que los rituales de los tres grados simbólicos describen, en su conjunto, el ciclo completo de la iniciación.

De hecho, sin embargo, siendo que la iniciación masónica es simbólica, los masones que ella forma no son más que el símbolo de los verdaderos masones, puesto que allí se indica simplemente el programa de las operaciones que aquellos deberán realizar para alcanzar la iniciación efectiva. Precisamente esta es la finalidad que perseguían, al menos en sus comienzos, los varios sistemas de altos grados, que parecen haber sido instituidos para llevar a la práctica aquella Gran Obra que la Masonería simbólica enseñaba en teoría.

Con todo, hay que reconocer que bien pocos de estos sistemas alcanzaron realmente la finalidad que se proponían; en la mayor parte, encontramos incoherencias, lagunas, redundancias y en algunos casos los rituales son de un pobrísimo valor iniciático, en especial si se los compara con aquellos pertenecientes a los grados simbólicos.

Estas imperfecciones resultan, por otra parte, tanto más evidentes cuanto mayor sea la cantidad de grados que incluya el sistema; y, si esto ya es evidente en el «Escocismo» de 25 y 33 grados, ¿qué pensar, entonces, de aquellos Ritos de 90, 97 o incluso 120 grados? Semejante multiplicidad de grados aparece tanto más inútil cuanto que se hace necesario conferirlos por series. En el siglo XVIII, cada cual quiso forjar su propio sistema, desde luego incorporándolo siempre a la Masonería simbólica, y de la cual no hacía más que desarrollar sus principios fundamentales, interpretados demasiado a menudo según las concepciones personales del autor, como puede verse en casi todos los Ritos herméticos, cabalísticos y

Los altos grados masónicos

filosóficos y en las Ordenes de Caballería y de Iluminismo. De allí proviene, en efecto, esta prodigiosa variedad de Ritos, muchos de los cuales tan solo existieron en los papeles, y cuya enmarañada historia resulta prácticamente imposible de esclarecer; quienes intentaron poner un poco de orden en semejante caos debieron renunciar a su cometido, salvo cuando, por uno u otro motivo, no hayan preferido dar de los orígenes de los altos grados determinadas explicaciones más o menos fantásticas, a veces inclusive completamente fabulosas.

A este propósito, no pasaremos reseña de todas las afirmaciones pretendidamente históricas que hemos encontrado en los escritos de diversos autores; de todos modos, lo que no admite dudas es que, contrariamente a lo que se ha sostenido con frecuencia, el caballero Ramsay no fue el inventor de los altos grados, y que, si en todo ello le cabe una responsabilidad, no es más que de manera indirecta, puesto que quienes concibieron el sistema del «Escocismo» se inspiraron en un discurso por él pronunciado en 1737, donde relacionaba a la Masonería con los Misterios de la antigüedad y, en un tiempo más próximo, con las Ordenes religiosas y militares de la edad media.

En todo caso, Ramsay puede considerarse tan poco responsable de los rituales de los grados «escoceces» como puede serlo Elías Ashmole de aquellos de los grados simbólicos, a pesar de lo que pretendería una opinión bastante generalmente admitida y reproducida por Ragón y otros historiadores. «Elías Ashmole, docto anticuario, adepto del hermetismo y de los conocimientos secretos por aquel entonces de moda, fue recibido masón el 16 de octubre de 1646, en Warrington, pequeña localidad del condado de Lancaster. No reapareció en Logia sino al cabo de 35 años, el 11 de marzo de 1682, por segunda y última vez en su vida, como testimonia su diario personal, que nunca dejó de mantener actualizado, día tras día, con escrupulosa minuciosidad».

Por lo demás, no pensamos que los rituales iniciáticos puedan ser considerados como la obra de una o más individualidades determinadas, sino que se han ido constituyendo progresivamente, a través de un proceso que resulta imposible precisar, que escapa a toda definición.

Por el contrario, aquellos rituales pertenecientes a los altos grados que aparecen como más o menos insignificantes, presentan todas las características propias de una composición ficticia, artificial, creada por la mentalidad de un individuo.

En suma, sin demorarnos en consideraciones carentes de interés, es suficiente considerar a todos los sistemas, en su conjunto, como las diversas manifestaciones de la tendencia realizadora de hombres que no se contentaban con la pura teoría, pero que, queriendo pasar a la práctica, demasiado a menudo olvidaban que la iniciación real necesariamente debe ser en gran parte personal.

Hemos querido decir aquí simplemente lo que pensamos acerca de la institución de los altos grados y de su razón de ser; consideramos que revisten una utilidad práctica indiscutible, pero a condición —la

mentablemente muy pocas veces respetada y sobre todo hoy día— de que sirvan realmente a la finalidad en vista de la cual fueron creados.

Para ello, sería necesario que los Talleres de estos altos grados fueran reservados a los estudios filosóficos y metafísicos, demasiado descuidados en las Logias simbólicas; no debería olvidarse jamás el carácter iniciático de la Masonería, que no es ni puede ser —dígase lo que se diga— ni un club político ni una asociación de socorros mutuos.

Sin lugar a dudas, no se puede comunicar lo que por esencia es inexpresable y ésta es la razón por la cual los verdaderos arcanos se defienden por sí solos de toda indiscreción; pero, por lo menos, es posible dar las claves que permitirán a cada uno alcanzar la iniciación efectiva, por medio de sus propios esfuerzos y su meditación personal y asimismo se puede, según la tradición y la práctica constantes de los Templos y Colegios iniciáticos de todos los tiempos y de todos los países, colocar a quien aspira a la iniciación en las condiciones más favorables de realización y proporcionarle esa ayuda sin la cual le sería prácticamente imposible consumir dicha realización.

No nos demoraremos más sobre este asunto, pensando haber dicho lo suficiente como para permitir entrever lo que podrían ser los altos grados masónicos, si, en lugar de quererlos suprimir lisa y llanamente, se los convirtiera en centros iniciáticos verdaderos, encargados de transmitir la ciencia esotérica y conservar integralmente el depósito sagrado de la Tradición ortodoxa, una y universal».

Traducción: Franco Peregrino. René Guenon, artículo publicado en «La Gnose», N° de mayo de 1910, con la firma de «Palingenius» y reproducido por la revista «Símbolos».

Según el Prof. Dr. Ramón Espadas y Aguilar

«Fiel a sus principios progresistas, la Francmasonería Primitiva se opone a la adopción de símbolos, emblemas, títulos, denominaciones y condecoraciones, ya nobiliarias o religiosas, y a ceremonias místicas con vestiduras ridículas. Considera como una corrupción de la Francmasonería a las agrupaciones que se escudan en águilas bicápitas de las monarquías más denigrantes de Europa, y que emplean como símbolos o condecoraciones, cruces de todas formas, la Biblia, el Corán y otros libros que por ser representación del principio religioso, son ajenos al carácter científico de la Institución.

Así mismo rechaza los títulos principescos para designar jerarquías como Sublime Príncipe del Real Secreto, Gran Juez Inquisidor Comendador, Caballero Kadosch o del Aguila Blanca y Negra, etc.

Solamente admiten los francmasones progresistas, los símbolos, emblemas y denominaciones que preceden de la Masonería Operativa, y ciertas condecoraciones para destacar el mérito de aquellos afiliados que por su labor son acreedores a una distinción honorífica, cuidándose de todo aquello que en-

Los altos grados masónicos

venene al ambiente, despertando y estimulando la vanidad.

Su principal lema es:

“Por el triunfo de la Verdad científicamente demostrable, por el progreso del Género Humano, por la Unión, la Solidaridad y Cooperación entre los Francmasones, y por la fraternidad Universal”.

Masonería Mexicana

Afortunadamente los tiempos han cambiado, muchos de los causantes de los cismas masónicos han muerto, la masonería mexicana ha adquirido más conocimiento y es más culta, se cuenta con elementos de comunicación nacional e internacional más accesibles y económicos, que harán que la masonería mundial estreche lasos de amistad, la ideología Francmasónica se difunda por todos los rincones de la tierra y tome el camino que fue señalado por sus fundadores: Leonardo da Vinci, Américo Vespucio y Pablo Toscanelli, por el Triunfo de la Verdad Científicamente Demostrable, Por el Progreso del Género Humano, por la Unión, Solidaridad y Cooperación entre los Francmasones y por la Libertad, Igualdad y Fraternidad Universales. **Saber es Poder.**

El masón que identifica su masonería con la masonería, y considera sin más examen, que las demás son irregulares, se coloca precisamente en esa actitud parroquialista, contraria a los principios que dice defender.

La realidad es que existe dentro de la Institución muchas tendencias y estamos por lo tanto en la obligación de estudiarlas, descubrir lo que son, los intereses que representan, para elegir en ella nuestro lugar, el que nos corresponda con arreglo a nuestra honrada y consecuente manera de ser, de sentir, de pensar y de querer, prescindiendo en absoluto de intentar la busca de aquellas que pueda ser la verdadera, la única, la regular, etc., empleando para ello criterios arbitrarios.

Ahora bien, la totalidad de las tendencias existentes, pueden ser agrupadas en dos concepciones fundamentales, a las que vamos a referirnos: La metafísica y la científica.

Concepción metafísica. - Considera que la Institución es una sociedad nacida en el espíritu creador de un iluminado, que la fundó con independencia de los problemas de la sociedad en la que surgió, y la basó en verdades absolutas independientes del tiempo y del lugar. Se origina pues esta concepción, en una filosofía idealista impregnada de espíritu religioso que hace de ella una entidad dogmática al margen de la sociedad y de sus luchas, y es por lo tanto inmutable y estática.

Concepción científica. - Para la ciencia sociológica, las instituciones humanas son hechos sociales, que deben ser estudiados en función de los problemas de los países donde nacen y se desarrollan, y de la influencia que recíprocamente ejercen ellas sobre la comunidad social.

La concepción científica de la masonería exige pues

conocer su origen, desarrollo, influencias recibidas y su proyección en la sociedad por medio de sus obras. Según este concepto, la INSTITUCION, no es inmutable ni estática, sino dinámica y en constante evolución, determinada por su historia y por el trasfondo social de los países en las diversas épocas de su desenvolvimiento.

La incompreensión del presente, nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es quizá menos vano esforzarse por comprender el pasado, si no se sabe nada del presente (M. Bloch).

Las dos tendencias extremas que señalamos, han existido siempre en forma más o menos pura; pero frecuentemente en el seno de la Institución, se ha producido el fenómeno del sincretismo, dando lugar a agrupaciones masónicas con orientaciones tan entremezcladas y contrapuestas, que las ha hecho estériles como instrumentos de educación y como grupos de presión dentro de la sociedad, favoreciendo en consecuencia las situaciones existentes, es decir, la causa conservadora.

Desde el punto de vista en que estamos colocados, la masonería inglesa es una deformación de la primitiva, que se constituyó, a partir de la alianza a que hicimos referencia anteriormente de Torys y Whigs con el trono inglés y el altar protestante, a través de la gloriosa revolución de 1688" y que tenía por objeto precisamente la consolidación de los citados trono y altar, en contraposición de los ideales de la masonería primitiva que pugna por destruirlos.

El concepto de Regularidad y de Carta Patente se ha establecido desde muy antiguo, por los Reyes Absolutos, para limitar el derecho de asociación, tolerando solamente lo que es grato, al poder constituido. Desde nuestro punto de vista, es decir, de la Francmasonería Progresista, la regularidad la otorga el cumplimiento de antiguas leyes, usos costumbres, constituciones, estatutos, etc. y, por lo tanto, cualquier agrupación de masones puede libremente constituirse en Logia, sin necesidad de Carta Patente.

Nace este concepto, de la opinión señalada al principio de este informe, de que la masonería no constituyó un hecho social enraizado en los problemas de los pueblos, sino que procede de un espíritu iluminado, el del cura protestante Sr. Anderson.

Partiendo de este concepto metafísico, la masonería inglesa desconoce cualquier otra, aunque sea más antigua, y puesto que para ella está desligada de los problemas sociales, ha de mantenerse como la instituyó el citado cura en colaboración con nobles ingleses, que perseguían en realidad consolidar la estructura social y política, conseguida por medio de la revolución de 1688, en Inglaterra.

El concepto de regularidad masónica está basado en el sometimiento a dogmas religiosos y a principios que tienen por objeto privar de toda actividad a los masones, para que no pretendan cambiar las estructuras políticas, sociales y económicas que convienen a los intereses anglosajones.

Así, la masonería inglesa es intolerante respecto a

Los altos grados masónicos

la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma; afirma que es un culto, una religión, que debe reverenciar a un libro sagrado y niega que es un movimiento filosófico activo que admite variadas orientaciones y criterios, tendientes al mejoramiento del hombre y de la sociedad. La masonería inglesa sostiene que estos criterios son estrictos, rígidos, inmutables, a lo largo del tiempo y están fuera de toda discusión.

Para la masonería anglosajona, la presencia de la Biblia en el Ara es absolutamente indispensable. La Francmasonería primitiva como es sabido, coloca en el Ara un libro de Geometría, representativo del pensamiento científico, y para ella no constituye un problema a debatir en sus logias, la cuestión de la Biblia.

Ahora bien, consideramos que las potencias progresistas que trabajan en el Rito Escocés o en cualquier otro que reconozca el origen andersoniano al mismo, deben de liberar en torno a este problema una dura batalla que no es inútil, y está perfectamente justificada.

Otro de los dogmas de la masonería inglesa, es el que supone que la Institución es apolítica. Esta concepción procede de una actitud filisteas nacida de la satisfacción de los anglosajones ante el reparto de las riquezas del mundo, y tiene por objeto, evitar cualquier discusión sobre este punto, conservando pacíficamente lo que disfrutaban.

Siguiendo ese principio la Confederación Masónica Interamericana, purgada de elementos Progresistas, hace en sus reuniones platónicas cantos a la libertad, pero se niega a actuar para conseguirla, sin perjuicio de admitir en su seno a las Grandes Logias plegadas a la voluntad de los dictadores de Latinoamérica.

Existen tres grupos fundamentales en la masonería de los países latinoamericanos, representativos de las tendencias antes señaladas: reaccionaria, liberal-nacionalista y progresista. Los dos primeros pertenecen al Rito Escocés y el tercero está constituido por la Francmasonería del Rito Primitivo.

El grupo reaccionario, reconocido naturalmente por la masonería de los EE.UU., está agrupado en la Confederación Masónica Interamericana, y sus componentes se autotitulan regulares; son desde luego apolíticos, bíblicos y corresponden a la concepción metafísica de la Institución a que al comienzo hicimos referencia.

La Francmasonería Primitiva, que constituye el tercer grupo, sin preocuparse de la calificación de política e irregular de que es objeto por parte del grupo reaccionario, persigue en la actual etapa del desarrollo de las Repúblicas latinoamericanas, en lo que se refiere a su acción externa, los siguientes objetivos:

Autodeterminación de los pueblos latinoamericano.

Eliminación de las dictaduras.

Vigencia de las Constituciones democráticas, dere-

chos del hombre, e igualdad de la mujer.

Emancipación económica a base de reformas agrarias, industrialización y no-dependencia del capitalismo extranjero.

Lucha contra toda reminiscencia feudal y contra toda forma de imperialismo y colonialismo.

Elevación del nivel de vida de los pueblos y justicia social.

Educación laica y liberación de fanatismos religiosos.

Lucha contra la concepción paternalista del gobierno de los pueblos, capacitándolos para la vida democrática, y en la resolución de sus problemas nacionales.

Colaboración estrecha con personas y organismos que persigan fines análogos: intelectuales, burguesía nacionalista democrática, organizaciones culturales, políticas de trabajo, etc., y estableciendo una íntima solidaridad latinoamericana».

Según F.T.B. Clavel

«En 1756 la Gran Logia de Francia se declaró independiente de la de Inglaterra, revisando su Constitución y Reglamentos, y declarando que no reconocía más que los tres grados, de aprendiz, compañero y maestro.

En 1791 (en Francia) un abate llamado Lefranc publicó un libelo (“El velo descornado para los curiosos revelado por medio de la francmasonería”) altamente hostil a la Fraternidad.

Como consecuencia, John Robison, secretario de la Academia Real de Edimburgo, afiliado en las diferentes sectas que dividían a la Orden, publicó “Pruebas de una conspiración contra las religiones y los gobiernos de Europa”, obra en la que atribuía el fin y objeto de acabar con los altares y tronos, no a la masonería ordinaria, cuya inocencia reclama particularmente respecto a Inglaterra, sino a “los altos grados de toda especie, que se habían adicionado a los tres primeros”.

El filosofismo, entre otros, que ya amenazaba extenderse, se introdujo en las logias e instituyó en ellas nuevos grados, con especialidad el de Caballero del Sol, que tenía por objeto el establecimiento de la religión natural sobre las ruinas de todas las religiones reveladas.

Innovadores más avanzados inventaron (Lyon, 1743) el grado de Kadosch, o de santo, dirigido a la manera antigua, contra todas las tiranías, de donde se han derivado los diferentes grados del puñal.

Desde ese momento todas aquellas doctrinas se explicaron en las tribunas de las logias, “donde se comenzó a enseñar la cábala, la magia, las evocaciones, la alquimia, teosofía y cien otras ciencias no menos ridículas y desacreditadas”.

Los altos grados masónicos

Varios charlatanes explotaron a su gusto la curiosa credulidad de muchos masones; el carácter sencillo y sublime a la vez de la masonería, fue corrompido; su objeto tan vasto y generoso fue puesto en olvido; la igualdad y confraternidad que forman su base; la concordia, adhesión y desinterés, que son sus inevitables efectos, fueron hollados.

Esta multitud de grados, cuyos rituales no pueden leerse sin disgusto, se agruparon de diferentes modos, se sistematizaron y desde entonces nacieron las series graduales de iniciación, a las que se da el nombre de “Ritos”. El primer centro de administración de los altos grados se estableció en Arras en 1747, por el mismo Charles Edward Stuart.

Las mismas logias de Inglaterra no estuvieron al abrigo de la invasión de los altos grados. En el año 1777 se formó en Londres una iniciación compuesta de cuatro grados, que se llamó Masonería del real arco. Su sistema era totalmente bíblico y fue reconocido por la Gran Logia de Inglaterra.

En Escocia la masonería se compuso exclusivamente de tres grados simbólicos, aunque en un determinado momento se instituyó en Edimburgo una autoridad masónica, bajo el título de Gran Logia del Orden Real de Heredom de Kilwinning, que confería un alto grado dividido en tres partes, llamado la Rosa Cruz de la Torre. La Gran Logia de San Juan hizo todos los esfuerzos posibles para oponerse a la propagación de esta masonería.

A fin de evitar que buenos masones sean sorprendidos en su buena fe, la Gran Logia de Escocia advirtió que los grados y los ritos que toman la calificación de *Escocés*, no provienen de Escocia, en cuyo país estaban absolutamente desconocidos y jamás han sido practicados; y que las cartas presentadas en apoyo de semejante origen son nulas y los títulos totalmente supuestos.

Para que no queden dudas de esto, insertó en los reglamentos publicados en 1836 un artículo redactado en los siguientes términos: “*La Gran Logia de Escocia no practica más grados de francmasonería que los de aprendiz, compañero y maestro, denominados masonería de San Juan*”.

Con el correr del tiempo, se comprobó el gran daño que estos altos grados causaron a la acción de la masonería, haciendo perder de vista el verdadero objeto que esta se proponía. Todos estos altos grados, en los cuales se habían introducido los sueños templarios, las especulaciones místicas y decepciones de la alquimia, de la magia, de la nigromancia y de tantas otras ciencias engañosas, que propagaron y difundieron en el seno de la misma masonería un espíritu de rivalidad, que rompía todo lazo fraterno y una necia credulidad que convirtió la institución en una mina inagotable de ganancias ilícitas a favor de los intrigantes, impostores y charlatanes.

Se pensó en remediar tantos males eliminando estas concepciones heterogéneas, devolviendo la masonería a su sencillez primitiva, pero el orgullo de los unos, la codicia de los otros y el amor a “lo maravilloso” fueron un obstáculo insalvable para que sus poseedores renunciaran “*a los fastuosos títu-*

los con que se habían a sí mismos condecorado, a las riquezas con las que habían soñado, y a ese mundo fantástico de seres elementales, de evocadores y de hechiceros, y en medio del cual esperaban disfrutar una vida sin fin”.

Se creyó llegar a conseguir esto en Alemania, con el establecimiento de la *masonería ecléctica*, que recomendaba a sus miembros, aunque no de manera absoluta, la adopción de no más que los tres primeros grados de aprendiz, compañero y maestro. Esta reforma fue intentada en 1783 por el barón de Knigge, pero también tropezó con los obstáculos antes mencionados.

Mientras esto acontecía en Alemania, el Gran Oriente de Francia, impulsado por un pensamiento análogo, emprendió, no la completa destrucción de los altos grados, sino su reducción a un corto número.

La revolución de 1789, que provocó en Francia y en una parte de Europa el cierre de logias, y había simultáneamente obligado a renunciar al ejercicio del sistema templario y demás sistemas caballerescos y filosóficos, que se hicieron sospechosos a los gobiernos, parecía que debía dar un golpe mortal a los grados de toda especie que habían sido injertados en la masonería primitiva; pero no fue así.

Apenas se calmó la agitación política se reabrieron los templos masónicos, y no solo volvieron con renovados bríos los antiguos ritos, sino que aparecieron otros nuevos que vinieron a aumentar el número de los ya existentes.

Muy pocos de los hermanos que pertenecen a los altos grados saben en que consisten los maravillosos conocimientos que a aquellos van unidos, y, sin embargo, estos mismos son los que se muestran más orgullosos en poseerlos. Verdaderamente, en cuanto a la doctrina, todo es trivial, inconsecuente, o absurdo en estos grados superiores.

La descripción completa de los mismos —particularmente los del REA y A— fue publicada en la tercera década del siglo IX en el panfleto antimasónico “Light on Masonry”, empleado para desprestigiar a la masonería. Desde entonces, han sido publicados en infinidad de obras —masónicas y profanas— al alcance de todo lector.

F.T.B. Clavel se refiere a los altos grados y misterios del escocismo como *“masa informe e indigesta, monumento de sinrazón y de locura; mancha aplicada a la masonería por algunos traficantes sin vergüenza; a la cual desde hace mucho tiempo el buen sentido de los masones hubiera hecho la justicia que se merece, a no hallarse su vanidad seducida por los pomposos títulos y cruces que son su acompañamiento forzoso”.*

Según Oswald Wirth

«Según Wirth, lo que fascinaba de la masonería era la práctica de la fraternidad, práctica mediante la cual y al amparo del nivel masónico, *“...los más grandes señores fraternizaban sin reservas con aquellos que entonces eran llamados Villanos”.* Las diferencias so-

Los altos grados masónicos

ciales se borraban y el individuo era en función de su capacidad, y no de su cuna.

El 21 de Marzo de 1737, el caballero Andrés Miguel Ramsay, Gran Orador de la Orden, fue invitado a pronunciar un discurso en oportunidad de una recepción de Francmasones. En este discurso Ramsay comparó la Masonería con la Caballería Religiosa, equiparando a los Aprendices con los Novicios, los Compañeros con los Profesos y los Maestros con los Perfectos. Lejos estuvo Ramsay de suponer que su discurso serviría de base para la creación de nuevos y abundantes grados, que se vendrían a sumar a los únicos tres grados que reconocía Gran Logia de Inglaterra y las mismas Constituciones de Anderson. *“Primero fueron seis, después siete o nueve, enseguida veinticinco, y finalmente treinta y tres”.*

Estas primeras innovaciones aparecieron en Francia y se proponían reformar la masonería importada de Inglaterra, tomando como base el modelo de la masonería de Escocia, que bajo la fe de las afirmaciones de Ramsay, creían más antigua y mejor organizada. Los masones responsables de estas reformas pretendían en sus logias gozar de ciertas prerrogativas.

Frente a esto, la Gran Logia Inglesa de Francia (que no contaba al momento de su formación con ninguna carta o poder extendido por Londres) creyó oportuno oponerles el artículo 20 de las Ordenanzas Generales aprobadas el 11 de Diciembre de 1743, cuyo texto es el siguiente:

“Habiendo notado desde hace poco que algunos Hermanos se presentan bajo el título de Maestros Escoceses y reivindican, en ciertas logias, derechos y privilegios de los cuales no existe ningún dato en los archivos y usos de todas las Logias establecidas sobre la superficie del Globo, la Gran Logia, a fin de mantener la unión y la armonía que debe reinar entre todos los Francmasones, ha decidido que todos estos Maestros Escoceses, a menos que sean Oficiales de la Gran Logia o de una Logia particular, deben ser considerados por los Hermanos iguales a los otros Aprendices o Compañeros cuyas insignias deben llevar, sin ningún signo de distinción”.

Los abusos que los Maestros Escoceses se proponían remediar, provenían sobre todo del defectuoso reclutamiento de ciertas Logias. Se habían admitido fácilmente espíritus frívolos o groseros, incapaces de comprender a la Francmasonería y de mostrarse dignos de ella. Aquellos masones que se consideraban más refinados, sintieron entonces la necesidad de distinguirse de los otros y de reunirse separadamente.

Habiéndose concertado en número suficientemente grande, resolvieron buscar el modo de apoderarse gradualmente de la dirección de las Logias, a fin de aplicar sus proyectos de reformas, dando comienzo así a una verdadera conspiración. Esto no fue del agrado de los Maestros de las logias de París que habían constituido su Gran Logia. Como primera medida y ante los frecuentes cambios de conducción se declararon “perpetuos e inamovibles”, y no tardaron en oponer a la naciente organización de los

Maestros Escoceses --a la Masonería denominada "inglesa"-- otra Masonería bautizada con el nombre de "escocesa", que presuntamente era más excelente, antigua y respetable.

Una vez lanzadas las imaginaciones por este camino, se encontró, por consecuencia, fantasiosos, poco escrupulosos para afirmar sus engañosas aseveraciones por documentos forjados a toda costa, o por lo menos, con escandalosos errores de fechas. A falta de toda autoridad reguladora reconocida, cada uno quiso al fin ocuparse en reformar o perfeccionar a su modo la Masonería. Los reformadores masónicos del siglo XVIII desdeñaban la humildad de los grados obreros y no pensaban sino en jerarquías caballerescas, que sobreponían dignidades de más en más pomposas. Fue entonces cuando por todas partes se vio surgir las más variadas organizaciones, titulándose: Logias Madres, Capítulos, Areópagos, Consistorios y Consejos de todas clases.

El antiguo Rito Escocés filosófico --que constaba de diez grados-- fue de a poco reemplazado por un nuevo rito "escocés": *el nuevo Rito Escocés Antiguo y Aceptado, una novedad importada de Char-leston (EE.UU. de Norte América) en la que ocho grados suplementarios habían sido agregados a los veinticinco del Antiguo Rito de Perfección, propagado en América en virtud de una patente dada el 27 de Agosto de 1761, al hermano Etiénne Morin por el Consejo de Emperadores de Oriente y de Occidente. Para acreditar la innovación, sus autores la atribuyeron a Federico II, rey de Prusia, asegurando que el monarca prusiano había firmado el 1º de Mayo de 1786 las Grandes Constituciones, que aumentaban a treinta y tres los grados "escoceses".*

Los masones alemanes han demostrado hasta la saciedad, el carácter apócrifo de este documento, cuyo original no ha sido jamás encontrado.

Wirth sostiene que la Maestría es una cumbre, término fatal de toda ascensión; el que se siente Maestro, dice, no tiene nada más que ambicionar. Lo que hace a la grandeza de la Masonería moderna o especulativa, son los principios que fueron formulados en su nombre en 1723; su debilidad por el contrario, reside en la institución de los gobiernos masónicos. Estos se han revelado como usurpadores desde el principio. Se han abrogado el derecho de

legislar en materia masónica y han exigido de las Logias una subordinación humillante. Los altos grados son una consecuencia de esta realidad. Todos los autores que han profundizado el ternario fundamental, han condenado con severidad la "embriaguez de los altos grados", elucubraciones fantásticas que no contribuyen sino a extraviar el espíritu y a hacer conocer mal al Masonismo puro.

Esta crítica es ampliamente justificada, porque el ritual de los tres grados llamados "simbólicos" lleva visiblemente impresa la marca de los Maestros, nada, por el contrario, es menos magistral que el simbolismo de los grados llamados "filosóficos". Todo siente ahí la falsificación penosa, y la idea iniciática no se traduce en ninguna parte en síntesis luminosa.

Todos los sistemas supra-masónicos del siglo XVIII, se han fundido finalmente en los treinta grados que el Rito Escocés superpone al ternario primitivo.

Los altos grados han tenido el gravísimo inconveniente de desviar a muchos hermanos del estudio perseverante de la síntesis ternaria primordial.

Wirth recomienda los altos grados tan solo a los masones que aspiran a la Maestría y no saben como elevarse por sí mismos hasta ella en la Cámara del Medio. Para ayudarlos, dice, el Escocismo les ofrece cursos de repetición que tienen su valor sin ser indispensables. Ciertos grados, pretendidos superiores, son en realidad lamentablemente inferiores en su tema, que no tiene nada de iniciático. Nada es más falso, desde este punto de vista, que poner en escena el castigo de los matadores de Hiram, cuya muerte no tiene porque ser vengada. Los iniciados no castigan jamás, y se venguen aún menos. En atención al mal, son los médicos que curan. En cuanto Masones, reconstruyen lo que ha sido destruido; no combaten la ignorancia odiosa sino esparciendo generosamente la luz, y no oponen al fanatismo ciego, otra cosa que su tolerancia plenamente esclarecida.

En resumen, la necesidad de los altos grados no se habría hecho sentir jamás, si los tres grados fundamentales no hubieran quedado prácticamente en letra muerta. Los grados superiores perderán toda razón de ser, desde que las Logias se muestren capaces de formar Maestros efectivos.